

LA EXCURSIÓN

Hace no mucho tiempo, un día de colegio Ezequiel y su buen amigo Daniel iban de excursión con su clase al bosque. Estaban muy tranquilos y contentos, pasar un día lejos de los libros, entre los árboles y poder jugar a buscar ardillas les hacía mucha ilusión. Estaban todos muy emocionados, pero ninguno de los dos se esperaba lo que iba a pasar.

Caminaban despacio para no hacer mucho ruido y así no asustar a los animales, miraban todo lo que tenían alrededor y recogían hojas del suelo porque después tenían que hacer un trabajo sobre el bosque en el cole.

Pero así de sopetón vieron que algo brillaba no muy lejos de donde estaban, era una luz intensa, brillaba cada vez más y parecía que sólo ellos dos la veían pues los demás estaban muy atentos al profesor que les estaba hablando de hayas.

- Vamos allí - le dijo Ezequiel a su amigo en voz bajita para que nadie les escuchara.

Aprovechando que el profe no miraban se escabulleron lentamente hacía aquella curiosa luz. Cuando estuvieron cerca se dieron cuenta de que esa luz era muy distinta a todo lo que habían visto, no era una luz en sí misma, salía del tronco de un gran árbol y parecía como si traspasara el tronco, como si se pudiera ver al otro lado.

- Es como en los dibujos - dijo Daniel.
- Si, es cierto, parece UN portal de esos interdimensionales, pero ¿qué será? - preguntó Ezequiel muy intrigado.
- No sé, pero no te acerques tanto Eze - le advertía Daniel aunque la advertencia llegaba tarde porque Ezequiel ya había puesto un pie dentro del portal y este le había absorbido.

- ¡Ezequiel no! - exclamó Daniel asustado mientras corría detrás de su amigo y también era absorbido a Dios sabe donde.

Durante unos inacabables segundos dieron vueltas y más vueltas como si estuvieran dentro de una lavadora hasta que aterrizaron con el culo en la tierra.

- ¿Dónde estamos? - preguntó Daniel muy asustado.
- Ni idea - respondió Ezequiel - pero hace mucho calor.

Había muchas más plantas y árboles a su alrededor que en su Rioja natal. A lo lejos veían un enorme volcán escupiendo lava y el cielo tenía un color rojizo muy raro.

Por todos lados había ruido, el volcán, graznido de aves que tenían pinta de ser enormes, ruidos de no sabían que fieras, Cuando de repente vieron salir corriendo de un arbusto un pájaro regordete, con el pico muy gordo y las alas muy cortas.

- ¡Es un Dodo! - exclamó Ezequiel muy emocionados.

- ¡¿Un Dodo!¿ - Daniel no podía creerse lo que veía.
- Vamos a por él - dijo Ezequiel que no podía contenerse de la emoción.
- Pero puede ser peligroso - puso algo de sensatez Daniel y agarró a su amigo de la mano antes de que echara a correr y por suerte lo hizo tiempo porque del mismo arbusto salió corriendo un animal más grande que perseguía a Dodo. Su rugido los dejó paralizados, parecía un tigre sin rayas y tenía unos colmillos enormes que le asomaban por la boca.
- Eso es un diente de sable - dijo Ezequiel, que se había frenado en seco, en voz bajita.
- Creo que hemos viajado a la época de los dinosaurios - razonó Daniel.
- Es genial pero tengo miedo, nos está mirando a nosotros.
- Ya lo veo, yo también tengo miedo Eze - confesó Daniel.

Sin dars mucha cuenta de lo que hacían y bajo la atenta mirada del dientes de sable comenzaron a dar pasitos hacía atrás muy despacio sin dejar de mirar al hasta entonces extinto animal. El tigre avanzaba hacía ellos lentamente, era más grande que ellos pero eran dos y nunca había visto unas crias de esa especie por allí, los observaba mientras se preparaba para atacarlos y los crios empezaron a pensar que no había sido buena idea separarse del grupo.

Por suerte Daniel tropezó hacía atrás y cayó de espaldas sobre el tronco de un árbol, no había soltado la mano de su amigo así que lo arrastró con él en la caída y el tigre dientes de sable salió corriendo asustado al ver a los niños desaparecer dentro del árbol.

Habían caído de Nuevo en el portal y volvían a girar como peonzas hasta aterrizar en el suelo lleno de hojas.

- ¿Hemos vuelto al bosque? - preguntó Ezequiel.
- Espero que si - respondió Daniel.

Mientras se incorporaban comenzaron a escuchara sus nombres, alguien les llamaba a gritos era su profesor sin duda.

- Menuda bronco nos va a caer - se lamento Daniel.
- Mejor la bronco que ser devorado por un tigre o un dinosaurios, o cualquier cosa. Nadie nos va a creer Cuando lo contemos - razonó Ezequiel que aun temblaba de miedo y emoción.
- Vamos será mejor que regresemos - sentenció Daniel.
- ¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí! - gritaban a la vez mientras corrían en dirección a la voz de su professor ya, por fin, a salvo.
-

EZEQUIEL NÚÑEZ, 9 años

2º Premio G.A.

Logroño (La Rioja)